



Número 5.

Suplemento Literario mensual

Mayo de 1902

Director: Dario Rahola Llorens

Redacción y Administración: Plaza Independencia, 14, 2.º, 2.ª

DON PACO

Para mi buen amigo D. Julio Gibert

No era ni alto ni bajo, sino de una estatura mediana. Era uno de esos hombres que ni llegan al montón ni sobresalen de él. Ni obeso ni flaco; ningún rasgo físico le caracterizaba. Sólo su carácter bonachón, alegre casi siempre, y su locuacidad agradable le habían distinguido entre esa multitud abigarrada de cesantes que se agita por la villa y corte en espera del sabroso maná político, tan inasequible para el que lo busca como pródigo y generoso para el despreocupado.

Nos hacía reír tanto con sus dicharachos y cuchufletas, era tan *mirado* en lo de pedir aun que fuera un pitillo, que bien podía perdonársele la enorme *lata* que nos daba todos los días en el café sacando á relucir el programa de sus propósitos — propósitos que realizaría al recobrar el empleo de que había sido despojado “ignominiosamente”, según él, hacía no recuerdo cuántos años.

En su tiempo, mejor dicho, cuando á ser “hombre”, empezaba, como quiera que su *abolengo* no desmerecía del de más empingorotada alcurnia dentro del orden del nepotismo, enviósele á nuestras colonias y en ellas diz que

fué todo un personaje, lo que habría continuado siendo si la “meticulosidad de su carácter”, no hubiera contrarrestado los anhelos de un bienestar de que muchos disfrutaban ahora.

Éramos cuatro amigos los que sin darnos cuenta lo esperábamos todas las tardes. Su conversación absorbía nuestras preocupaciones estudiantiles y de este modo transcurría el (uno de los muchos) rato de asueto que nos proporcionaba la pignoración de algún libro, ó la idem de una prenda *adolescente*.

En nadie como en nuestro anticuado contertulio hubiésemos encontrado la encarnación del refrán que dice “á mal tiempo buena cara”.

Y es que era, á no dudar, el prototipo de la resignación. Dijéranlo sino sus ojillos relampagueantes, no desprovistos de una gracia instintiva, y su ademán desenvuelto, juvenil, plétórico de acíbar, pero rebosando néctar embriagador, — exactamente igual que el vino adulterado, es malo pero alegre.

La situación de Don Paco debía ser muy precaria, pues no se ocultan así como así las manchas de aceite ni los remiendos de unas botas que de dejarlas ir habríanse plantado en el arroyo en espera del trapero.

Esto lo pensábamos nosotros mientras él reía y en broma en broma se guardaba en uno de los